

cuando vió abrir la reja y aparecer a Rosa radiante de hermosura, que lo llamaba.

—¡Ah, Sorelo!—exclamó, echándose a su cuello y besándolo ardientemente en la oscuridad.—Ven.—Y abrazándolo estrechamente, penetraron a la alcoba tibia y perfumada.

—¿Por qué te retiraste? ¿Te disgustó el concierto? Me impresionó mucho la cara que pusiste al salir. ¿Qué tuviste, Sorelo?...

Temblaba la voz de la mujer. Sus hombros, sus brazos desnudos, el nacimiento de sus senos que se ofrecían como un fruto voluptuoso; el perfume que despedían aquellas carnes apretadas, quemantes, que exhalaban una especie de vapor amoroso, desvanecían y cegaban a Sorelo, que, cerrando los ojos, y hablando como del fondo de su melancolía y su ardor confundidos, respondió:

—Tengo celos... Ese joven que estuvo en el palco... lo que oí...

—¡No! ¡No, Sorelo!—Y besó vorazmente la boca del amado, como para sofocar la malvada fiebre de los celos, estremeciéndose, entrosándose en él como una llama.

—¡Sorelo!—repetía débilmente, con la queja del deseo, retratada en el temblor de su voz, en sus ojos llameantes y extraviados.

—¡Sorelo!—y miraba a los ojos con expresión que pedía... que imploraba... Y... el ansia condujo al ademán sexual... que hizo tocar las carnes ávidamente... locamente... Y, entornó los ojos... inclinó la cabeza... rechinó los dientes... Las bocas se buscaron, se devoraron... en un turbulento ardor... en el delirio...

Tornaron a ser lúcidos, y Sorelo sintió resurgir la insania de sus celos.

—¿Y ese joven?

Rosa lo miró fijamente y dijo con calma:

—Sabes que soy casada, que faltó a un hombre al que debía respetar, por ser mi marido, pero al que no me une ningún vínculo, porque lo detesto. Tienes mis labios, mis caricias, lo mejor, lo más positivo ¿qué más necesitas para ser mi amante?

—¡Amor!—respondió Sorelo.—Te quiero toda para mí. No ser uno de tus amantes, sino el único. Quiero saber si viniste a mí para dominar mis rebeldías, como un objeto raro, para estrujarlo con curiosidad, por apetito extraño, o... si me amas... Si me amas, te quiero toda para mí; si no, me marcho; porque ser uno de tus varios amantes me horroriza y me indigna!

Y poniéndose de pie, se dispuso a marchar. Rosa le tendió los brazos, angustiada.

—¡Sorelo!

—¡Déjame! Me marcho!

—Espera. Escúchame. Voy a hablarte con sinceridad. Te amo. No te busqué como un objeto raro, no he pensado ultrajarte. Pero quizá el amor que tu sientes por mí no sea el que tú me inspiras...

—Expíciate entonces—interrumpió Sorelo.

—Yo no soy una relajada que se hastía, porque no he amado aún, ni he gozado. Me casé por interés con un hombre rico al que no quise antes y detesto ahora. Después... tuve un desliz... que fué una decepción; y ese joven que te ha preocupado... lo fué también. En ellos, fuera de la sensualidad no encontré sino decepciones que acentuaron mi indiferencia y mi insensibilidad.

Hizo una pausa; se estrechó más a él, lo envolvió con sus brazos desnudos, con su aliento perfumado.

Sorelo se sentía circundado por la mujer; respiraba aquel aliento voluptuoso que lo envolvía en una inefable dulzura, en un ardor embriagante... y a la vez sentía repugnancia de la confesión que escuchaba.

—Cuando te ví—continuó Rosa—por la elocuencia de tus frases, adiviné en tí un impulso sincero, un entusiasmo dominador y sugestivo... Y la curiosidad me atrajo e hizo que te diera la cita, que nos unió tan deliciosamente; porque quise, como una necesidad de mi vanidad femenina, dominar, sujetar en mis débiles brazos de mujer, al orador que con su palabra supo contener esas fieras que forman la multitud... Y... soy tuya... ¿te amaré? Al dormir, al leer, al reír y al llorar pienso en tí... ¿Será esto amor?... ¡Si siempre se amara!... La pasión se acaba... y después, no queda sino el desabrimiento del tiempo que corre... Tú propagas, tú luchas, ¿para qué?... ¡La felicidad universal!... ¡Oh! sería aburrirse silenciosamente... Es como si me dijeran que fuese fiel a mi marido ¿por qué serlo? ¿por qué ser buena? ¿por qué ser mala?... Para qué sirve la virtud, si ha de ser estéril... si virtuosas son también las que comparten el lecho matrimonial con sus confesores... No; no vale la pena todo eso... como seguramente no la vale el amor...

Sorelo, se había desprendido de sus brazos y la miraba silencioso, paralizado, ante esas abstracciones vagas, delatorias de su ánimo enfermo, que hacían en su corazón el efecto de un desgarramiento.

—No te separes, Sorelo; no me huyas—le dijo dulcemente.—¿Te espanta que para mí no valga la pena nada de lo que existe?... Nada ha vibrado dentro de mí nunca... Cuanto he intentado analizar, me ha hecho sonreír...

Y mirándolo fijamente, estremeciéndose, continuó:

—Pero tú, Sorelo, debes valer... porque te deseo... y probablemente, debo amarte, puesto que gozo con tu compañía, vibro con tus caricias... a pesar de que siento... compasión por tí...

—¡Compasión!—dijo Sorelo sublevado.—¡Basta! He sido motivo de curiosidad para tí; un capricho de tu carne, que me la das como una necesidad de tu sensualidad insaciable, de tu histerismo morboso. ¡No la quiero más!...

—¡No, Sorelo! no es así—dijo Rosa dolo-